

20798  
HISTORIA  
Ley 1847

# DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE  
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO  
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,  
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON  
LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,  
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,  
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildelfonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion  
de Nuestra Señora, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan,  
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA  
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1878.

Cuaderno 85.

ISTORIA

# DE LAS PERSECUCIONES

SUTIDAS POR LA IGLESIA CATOLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA EPOCA ACTUAL

CON UN PLAN GENERAL DE LAS CIRCUNSTANCIAS DE LAS PERSECUCIONES EN LAS DIFERENTES PARTES DEL MUNDO, Y UN EXAMEN DE LAS CAUSAS QUE LAS PRODUCEN, Y DE LOS MEDIOS QUE SE EMPLEAN PARA SU PREVENCIÓN Y SU REMEDIO. CON UN EXAMEN DE LAS PERSECUCIONES DE LOS SIGLOS PASADOS Y DE LAS MAS RECENTES PERSECUCIONES Y SUJEROS. LAS PAGINAS CONTIENEN UN EXAMEN DE LAS PERSECUCIONES DE LOS SIGLOS PASADOS Y DE LAS MAS RECENTES PERSECUCIONES Y SUJEROS. EN EL SIGLO PASADO, HASTA EL SIGLO ACTUAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OPERA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vitoria y D. José Mariano Galdos

ILUSTRADA

CON MAGNIFICAS LAMINAS Y DIBUJOS EN EL TEXTO

PREVIA CENSURA DIOCESANA

TOMO SEGUNDO



BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA

DEL HERRERO DE D. PABLO RIERA

Calle de Robador, núm. 21 y 27.

1878

Quadrado 85

Sabe el doctor lo que son las masas; comprende que con un escrito serio hubiera obtenido



LUIS XIV.

con ellas poco resultado. Es menester herir su imaginacion; pues bien, Lutero, tras las ne-

gruzcas paredes de aquel castillo que se pierde entre las nubes, hablando cara á cara con el diablo ¿qué cosa más á propósito para completar la funesta obra de alucinacion que el doctor venía realizando entre los alemanes?

Zwinglio trata de copiar la estratagema en vista del buen efecto que produce. Pero cree que hacer representar á un ángel el papel que Lutero hace representar al diablo, estará más en carácter. El doctor se rie de las visiones de Zwinglio.

«¿Sabéis por qué, dice, los sacramentarios Zwinglio, Bucero, Ecolampadio, no han tenido jamas la inteligencia de las divinas Escrituras? Porque nunca han disputado con el demonio. Desengañémonos: miéntras el diablo no nos coja por el cuello, no seremos sino unos pobres teólogos.

Estos libros en que se trataba de ir negando uno por uno los principios que constituyen la doctrina católica, escritos unos con pretensiones teológicas y otros en forma la más vulgar, se esparcían por todas partes. Es cierto que, conforme al edicto del Emperador, tales producciones debían ser echadas al fuego. Pero aún humeaba la hoguera cuando en muchas partes de la Alemania se presentaba un Reformador haciendo alarde de mártir y pidiendo que le quemaran á él, siendo recibido entre estrepitosos aplausos del populacho, que le vitoreaba como un héroe.

Sus predicaciones contra el celibato contribuían á dar al Reformador mayor popularidad y bastantes secuaces, entre los que no se avenían con los deberes de la vocacion religiosa.

En el convento de los agustinos de Wittemberg, sube al púlpito Gabriel Zwilling, y profana aquella cátedra con un sermon colérico en que el religioso, el monje, califica los votos hechos en el claustro de inspiracion satánica y dice que con el hábito monacal es imposible subir al cielo. Era una elocuencia peculiar que para producir sus efectos no necesitaba de grandes recursos. Muchos compañeros suyos al terminar el sermon se despojan de sus hábitos y salen del convento: unos se refugian en cuartos de estudiantes, otros se acogen en alguna casa de la poblacion, y uno de ellos se mete á carpintero y se apresura á casarse.

No contento Gabriel con combatir la vida cenobítica, el 13 de diciembre de 1521 predica contra la misa privada. Multitud de estudiantes que le oyen se proporcionan cuchillos, y seguidos por masas de pueblo se encaminan hacia la iglesia parroquial, donde se celebraba la misa mayor y se echan sobre los libros de coro, que despedazan, y hasta sobre el celebrante, á quien arrojan del altar.

Se trata de hacer un escarmiento en los culpables, algunos de los cuales son presos; pero el pueblo se empeña en que se les restituya la libertad.

Entre tanto, el elector de Sajonia se entretiené tranquilamente en leer á Horacio y á Juvenal. Lo único que hace es escribir á la Misnia y á la Turingia que envíen monjes destinados á llenar el vacío que dejan los agustinos apóstatas. Su demanda es atendida; pero una vez en el claustro, declaran que quieren ser libres de vestir ó no vestir el hábito.

El Elector, en vista de los graves desórdenes que tenían lugar, convoca una reunion de teólogos; mas ¿qué teólogos? Carlstadt, Melancton; en una palabra, los amigos de Lutero. Les consulta sobre la misa. A lo que contestan que, despues de examinar el asunto con madurez, están en la persuasion de que no data más allá de cuatro siglos, y por consiguiente, que era preciso tener en cuenta los buenos consejos del diablo respecto á su abolicion.

El Elector dió más importancia á las órdenes de Carlos V que á las advertencias de Satanas, y ordenó que en sus dominios se siguiera celebrando en la forma como se había hecho hasta entónces.

Si el Elector, en vez de estudiar los clásicos latinos, hubiese estudiado los teólogos y la historia, medios tenía para confundir á aquellos hombres. En la época apostólica encontramos las tradiciones del santo sacrificio, al que san Pablo denomina *Cena del Señor* (1) y tambien *Comunion* (2). Llamásele despues *Riturgia* por excelencia, *misterio*, *sacramento*, *obla-*

(1) Cer., II, 20.

(2) Ibid., X, 18.

cion, sacrificio, dominicum, synaxis, colecta, servicio, eulogio divino y eulogio místico (1). En san Ambrosio encontramos ya el mismo nombre de *misa*: «Al siguiente día (era domingo), comenzó á hacer la *misa* (2)» y se habla con frecuencia en el siglo IV de la *misa de los catecúmenos y misa de los fieles*.

La tradicion consigna de una manera que no deja lugar á duda que san Pedro celebraba los santos misterios en la casa del senador Pudente, donde fué construída más adelante la iglesia de Santa Pudenciana, y que el papa san Estéban fué condenado á muerte en el altar mismo donde celebraba en el cementerio de Calixto, encontrándose en las catacumbas multitud de monumentos que constituyen un testimonio de la antigüedad de esta práctica. San Dionisio de Alejandría celebraba sus misas ó synaxis en cementerios ó criptas; lo que continuó verificándose aún despues de terminada la persecucion, por respeto á aquellos santos lugares (3). Los obispos y sacerdotes presos celebraban frecuentemente en la cárcel, distribuyendo despues á los demas confesores el pan de los fuertes (4).

Véanse las viejas liturgias de Oriente y de Occidente, en particular las que traen el nombre de Santiago y san Márcos, y se verá como la *misa* tenía ya desde un principio el carácter de sacrificio que tratan de negarle los reformadores, liturgia cuya antigüedad no puede ponerse en duda, pues los monofisitas de Siria y de Egipto que se separaron de la Iglesia en el siglo V las guardan de la misma manera que los griegos ortodoxos. En el siglo III san Cirilo hace mencion del Prefacio con el *sursum corda* (5).

Carlstadt se desentien de los mandatos del Elector y establece una *misa* de nuevo género, en la que empieza por predicar, luégo va de la cátedra al altar, suprime la elevacion y en la Comunion toma el cáliz y lo da á beber á los asistentes.

No se limita á esto: encuentra una jóven de honradez algo dudosa, la toma por mujer, y crea tambien una *misa* á propósito.

En la colecta de esta *misa* dice:

*Deus qui post tam longam et impiam sacerdotum tuorum cæcitatem, Andream Carlstadtium eâ gratiâ donare dignatus es, ut primus, nullâ habitâ papistici juris ratione, uxorem ducere ausus fuerit; da quæsumus, ut omnes sacerdotes, receptâ sanâ mente, ejus vestigia sequentes, ejectis concubinis, aut eisdem conductis, ad legitimi consortium chori convertentur. Per Dominum Jesum Christum.*

Despues sigue un gradual que dice:

*Deus in tua virtute Andræus Carlstadtius gaudet et lætatur, talamo copulatus.*

Esta singular *misa* concluye con la siguiente oracion:

*Sint nobis, Domine, auxilio sumpti sacramenti mysteria, et sicut Andræe Carlstadtii concubiali celebritate lætamur, ita fac quæsumus sacerdotum conjugia toto orbe feliciter auspiciantur, felicius succedant, et quàm felissimè finiantur. Per Dominum, etc.*

Los reformadores se presentan cada día más osados.

Munzer, arrojado de Zurickau por sus insolentes provocaciones, se refugia en Praga, y despues de fijar en las paredes de la catedral un manifiesto contra los papistas, anuncia que él, con la trompeta del Evangelio puro, va á evocar á Juan Huss para que despierte del sueño de su sepulcro.

«¡Regocijáos! queridos hijos míos, dice; vengo para aplicar la hoz á la mies. Yo me presento á vosotros, bohemios, á fin de que recibáis la palabra de vida que yo, hombre de vida, aspiro y respiro. Desde aquí la Iglesia renovada extenderá su reinado por todo el mundo... En nombre de la sangre derramada por CRISTO, yo os pido que tracéis un paralelo entre mí y los sacerdotes romanistas. Yo, Munzer, exijo que se cese de rogar á dioses mudos.»

(1) Bocquillot, *Trat. hist. de la lit.*—Casalius, *De rit. christianis*.

(2) *Sæquenti die (erat autem dominica) missam facere cepit.*

(3) Euseb. *Hist. Ecl.* VII, 1.

(4) Martigny, *Antiq. Chret.*

(5) Mæler, *la Simbólica.*—Renaudot, *Disert, De lit. Orient.*—Lienhart, de *Ant. Lit.*

En Praga se contestó á esta proclama arrojándole de la ciudad.

Bucero, despues de predicar de palabra contra el celibato, predica con el ejemplo, apoderándose de una monja llamada Labenfiels, á la que constituye en esposa suya.

Antonio Firn, párroco de Santo Tomas, en Strasburgo, un domingo, durante la misa mayor, sube al púlpito y lee la siguiente proclama:

«Matrimonio se ha tratado entre la señora... y Antonio Firn, párroco de Santo Tomas, etc.

Las bodas se celebraron en San Lorenzo, dirigiéndoles un discurso Mateo Zell, párroco de la catedral. Poco despues Gerbel daba la noticia, diciendo:

«El Rdo. Antonio, párroco de Santo Tomas, se ha casado. Los papistas están trinando.»

Comunicase á Lutero que su obra está haciendo progresos entre los monjes. El Reformador sabe muy bien lo que esto significa, y contesta:

—Obedecen á exigencias gástricas esos monjes que apénas dejan su hábito se apresuran á casarse.

¿Podían decir que si les faltaban las obras, les quedaba al ménos la fe? Un reformador nos contesta:

—En ellos, obras y fe, todo ha muerto.

El Nuncio de Leon X en Alemania, al manifestar sus impresiones, consigna que la lucha que se está iniciando no es de una doctrina contra otra doctrina; es la lucha de la carne contra el espíritu.

## XX.

### La Reforma empieza á convertirse en revolucion.

A principios del año 1522 la Reforma empieza ya á entrar resueltamente en los caminos de la violencia.

Carlstadt, seguido de Didimo y de algunos hombres del pueblo alucinados por sus predicaciones, un día en que en la iglesia de Todos los Santos de Wittenberg había gran concurso de fieles, penetra en ella y empieza á derribar esculturas, cuadros é imágenes del culto, gritando:

—«Tú no te harás imágenes esculpidas, ni semejanza alguna de las cosas que hay en el cielo, ni aquí sobre la tierra, ni en las aguas que están debajo de la tierra,» conforme se lee en el Deuteronomio.

De allí se dirige á otra iglesia, como poseído del más insensato furor. Carlstadt, seguido de aquella plebe, ve caer á sus piés obras magníficas de arte en que brillaba el espiritualismo germánico; cuadros que hacían de una iglesia un museo. ¿Qué importa que en aquellos trabajos artísticos brille toda la inspiracion del genio nacional? Carlstadt está satisfecho, porque cree haber convertido la Biblia en cómplice de su vandalismo.

Aquellos religiosos á quienes la doctrina contra el celibato les había inducido á adorar figuras de carne no protestan ya contra la destruccion de las obras artísticas de piedra ó de madera.

En Zurich tiene lugar una parodia de proceso al que se da el título de *Juicio de Dios sobre las imágenes* (1). Se interroga á las esculturas, á los cuadros, y como no contestan se las declara reos convictos de idolatría. Un artesano, llamado Hottinger, se ofrece á constituirse en ejecutor de la sentencia, y seguido de algunos hombres del pueblo, se encamina á destrozar un Crucifijo de madera que se veneraba en las puertas de la poblacion.

Zurich se conmueve en vista de aquel atentado. Hottinger es preso; pero Zwinglio sube á la cátedra y sostiene que el culto de las imágenes está proscrito por la Escritura.

(1) *Vida de Zwinglio*, por Hers.

Va cada día en aumento el espíritu destructor; luégo ya no se perdonan los manuscritos en que generaciones de monjes habían trabajado para hacer revivir, con colores que el tiempo no podía borrar, las sublimes escenas de la vida del Redentor del mundo.

La piqueta destructora penetra tambien en las habitaciones privadas; ni aún lo sagrado del hogar merece el menor respeto, y son conducidas á la cárcel las personas piadosas que cometen el crimen de retener la imágen de su santo patron.

Los hombres que conservan un poco de buen sentido, aún algunos que simpatizan con la Reforma, en nombre del arte, en nombre del sentimiento que goza en la belleza cuyo espíritu tiene que revelarse por medio de formas, protestan contra aquellos actos de barbarie; levantan su voz contra las ruinas que amontona Carlstadt, envolviendo en el polvo preciosidades que habían admirado los siglos.

Erasmus es de los primeros en sublevarse contra tales atentados.

«Quitadle á la existencia humana la pintura, escribe, y le quitáis sus encantos más dulces; la pintura es una revelacion del alma á veces aún mejor que la palabra. En los templos de los judíos hubo sus imágenes, querubines, figuras fantásticas de hombres y de animales. Los símbolos que adornan nuestros templos cristianos no es que sean ofrecidos á la adoracion de los fieles. ¿Creéis, por ventura, que si las escenas de JESUCRISTO están representadas en nuestros edificios sagrados, estas representaciones materiales no conducen al alma á la contemplacion íntima de la vida del Salvador? No, lo repito; el católico no ofrece las imágenes á la adoracion de los fieles; los obsequios que se les prestan se refieren únicamente al santo que representan.»

Erasmus comprendía muy bien que para llegar á la contemplacion de lo espiritual, no sólo en el órden de la fe, sino en el de la belleza, es preciso pasar por el camino de la materia. Tal es la condicion del hombre, cuerpo y alma á la vez, como hemos indicado en otro lugar.

Los mismos protestantes tienen que ceder muchas veces á la impresion producida por el objeto del arte, y se sienten elevados á las regiones espiritualistas en los edificios católicos, mejor que en sus templos desnudos donde el alma respira una atmósfera de hielo.

Clausen, al contemplar la flecha de la catedral de Strasburgo, siente como su espíritu se remonta á las regiones celestiales; y al ver aquel magnifico edificio exclama:

«Este monumento vivirá tanto como el amor al espíritu celeste que lo inspiró.»

«Contemplad, dice un teólogo protestante, los cuadros de los grandes maestros, de un Rafael, de un Guido, de un Guerchin, de un Dominicano, y decid si este sello espiritual que han sabido imprimir en sus composiciones no os penetra hasta el fondo del alma. Confesadlo; es algo más que la materia lo que se siente conmovido ante aquellas telas maravillosas.»

Hasta Lutero se indignó contra el proceder de Carlstadt; pero no por amor al arte, sino por la repugnancia que le causaron tan bárbaros procedimientos.

«Tambien yo, escribía él desde sus alturas de Wartburgo, tambien yo condeno las imágenes; pero quiero que se las persiga, no con el fuego, sino con la palabra.»

Carlstadt sigue empleando su febril actividad en la obra de destruccion.

Staupitz trata de contenerle. Le enseña la carta del doctor condenando su conducta. Carlstadt sabía muy bien lo que habia de responder; la contestacion se la había dado el mismo Lutero en otras ocasiones. A las observaciones de Staupitz, hechas en nombre de Lutero, Carlstadt responde:

—Es preciso obedecer ántes á Dios que á los hombres.

Staupitz insiste haciéndole comprender el disgusto que aquellas profanaciones producen en Lutero. Carlstadt contesta:

—No es una novedad que el mundo sea turbado por la palabra de Dios. Heródes y toda su corte se sintieron agitados al tener noticia del nacimiento de JESUS; la tierra se conmovió y el sol se eclipsó al verificarse la muerte de CRISTO. La señal de que mi doctrina es la verdad está en que los prudentes claman contra ella.

—Pero no es que Lutero, prosigue Staupitz, esté por el culto de las imágenes; lo que rechaza son las violencias. Él no tiene reparo en que las ataquéis desde la cátedra.

—No digáis eso, responde Carlstadt con fuerte entonación; es Lutero quien ha escrito:— La palabra de Dios no es una palabra de paz, sino una espada.

Viendo Staupitz que no obtiene nada con la advertencia, acude á las amenazas; le recuerda que el poder tiene sus elementos de acción y que se verá precisado á obrar.

—Padre, dice Carlstadt, estáis haciendo conmigo lo que con Martín hacía el enviado del cardenal Cayetano. ¿Y no recordáis lo que él respondió?—Donde me conduzca Dios, allí iré bajo su cielo.

Sucede con la Reforma lo que sucede con toda rebelión. Apenas Lutero empieza á constituirse en jefe cuando sus súbditos se sublevan contra él. No tienen que hacer más que reproducir exactamente lo que él ha dicho á los representantes de la Sede Pontificia. Carlstadt comienza á ensayarlo y Lutero no tiene más recurso que enfurecerse contra Carlstadt, á quien trata de hombre faltado de sentido común, de ignorante, de loco, hasta al punto de llegar á decirle que la razón privada de Carlstadt no es razón:—Tu luz brilla, exclama insolentemente, *ut stercus in lucerna*.

Carlstadt sigue su camino de destrucción dejando que las palabras del doctor sean ecos perdidos en las soledades de Wartburgo.

Lutero, al ver que el guante que pretendía arrojar á la Iglesia lo han recogido sus mismos partidarios y se lo arrojan á él á la cara, al persuadirse que su voz es harto débil para contener las tempestades que en Wittemberg se levantan, siéntese profundamente abatido, y brotan de su pecho ayes de dolor que no acierta á reprimir.

—¡Ah Dios mío! exclama levantando instintivamente los ojos hacia aquel cielo que se había acostumbrado á contemplar en días más felices; tú, Señor, me abandonas; tu cólera está soplando sobre mi cabeza. ¿Qué te he hecho?

Si dice, por ejemplo:

—Es menester castigar á los estudiantes que queman los libros de clase,

Se le contesta:

—En san Mateo está escrito: No tomaréis el nombre de *maestros*.

Si se dirige á Dídimo diciéndole:

—Bautiza á tu hijo;

Éste le responde:

—El que creyere y fuere bautizado, éste será salvo; mi hijo no cree todavía.

—Desgraciado, lee el profeta, dice á Storch; esta es la enseñanza de la Iglesia.

—¡Ah papista! le contestan á coro sus discípulos; no hay otra autoridad que la Biblia, ni otra luz que el Espíritu Santo que nos alumbrá. Marchamos por los caminos de Dios.

—Pues entónces no veréis la faz del Señor, grita furioso; ¡yo os maldigo!

Y se rien de su maldición como se rió él del anatema de la Iglesia.

Lutero abatido, con el excepticismo en el alma, con crueles decepciones que le destrozan el corazón, se halla en el borde del abismo de la desesperación. Pero cuando su frente arde, cuando su pecho está comprimido, abre la ventana de su cuarto, pasa la mano por sus cabellos húmedos de sudor, bebe á grandes sorbos el aire puro de aquellas montañas (1) y se complace en los cuadros de aquella embelesante naturaleza.

Un día al levantarse ve en su ventana una maceta de violetas que el custodio, condecorador de los gustos de Martín, había colocado allí. Las pobres violetas yacen sepultadas bajo un sepulcro de nieve. Sólo una de ellas parece que levanta su tímida frente enseñando su corola; pero la débil flor se inclina al soplo del viento para no volverse á levantar. Lutero la coge, le quita con cuidado su sudario de nieve, la acerca á su boca y la calienta con su aliento. La flor se levanta, y diríase que empieza á reverdecer. ¡Volver la vida á una flor él que tenía

(1) Mathesius. *In Vita Lutheri*.



muerta su alma, su corazón, sus ilusiones! Martín siente al contemplar la violeta un gozo que no sintió jamás entre los aplausos de sus aduladores. Es con un ligero soplo de su boca, es con el aire de sus pulmones como ha revivido aquella planta. Hace lo mismo con las demás violetas y obtiene igual resultado con todas, menos con una. Ésta había muerto ya. Lutero la contempla caída, descolorida, marchita. Quiere enderezarla pero es inútil.

—¡Pobre flor! exclama: A estas horas ya sólo Dios puede devolverle una vida que ha perdido. ¡Adios, adios para siempre!

Y se echó á llorar como un niño. Quién sabe si, más que sobre la flor, lloró sobre su alma, muerta para la fe, para el bien, y que ni siquiera ha de acudir á Dios pidiéndole que la resucite con el aliento de su gracia.

A menudo se le veía al esconderse el sol tras las colinas con que termina el horizonte de Wartburgo, recostarse inclinando la cabeza en el tronco de un árbol para escuchar allí los salvajes gritos de alguna ave nocturna, el eco del viento retumbando en las peñas ó el acompasado golpear del hacha del leñador. A la armonía de aquellos sueños adormeciase Martín. Eran paréntesis de su agitada vida en los que no sentía bramar las rudas tempestades que se levantaban en su alma.

Las doctrinas reformadoras entre tanto iban siguiendo su camino. Munzer se dedica ya á aplicar las enseñanzas de la nueva escuela al orden social. Si la razón luterana se sublevaba contra la sociedad religiosa, ¿por qué había de respetar la sociedad política? Si el Papa, oprimiendo las conciencias, como ellos dicen, es Satanás ¿qué serán los príncipes oprimiendo á los pueblos? «¿No hay el mismo derecho, dice Munzer, para sublevarse contra los tiranos temporales que hay para sublevarse contra los tiranos espirituales?» Según él, en la vieja sociedad que Lutero se propone renovar, el príncipe no es menos culpable que el sacerdote.

Si Lutero se pone al frente de la Revolución religiosa, Munzer va á iniciar la Revolución política.

Munzer era un antiguo párroco de Alstädt, en la Turingia. Su traje negro, descuidado, sucio, sus largos cabellos ondulando sobre sus espaldas y cubriéndole parte del rostro, sus ojos brillando cual siniestro fuego, sus epilépticos labios, su voz vibrante como la de una campana, todo le hacía aparecer á manera de una visión infernal.

Al oírsele en la cátedra hubiérase dicho que había allí Satanás en persona.

Si el auditorio se distraía, golpeaba el suelo con tal fuerza que parecían retemblar las bóvedas del templo, y entonces su voz imitaba al sonido de una trompeta. El auditorio creía oír al ángel del Juicio.

En ciertas ocasiones su palabra, cual si saliera de los antros infernales, inflamaba en todas las cabezas el fuego de propósitos de rebelión, producía en todos los pechos volcanes de odio contra el orden constituido.

A más de hablar en la cátedra hablaba también al aire libre; cuando sus ojos se levantaban para fijarse en el firmamento, envolvía á todo el concurso en su éxtasis de visionario y sus acentos retumbaban cual trueno precursor de terrible tempestad.

Era el apóstol de la revolución social como Lutero lo era de la revolución religiosa. Hablaba de una reorganización política en que, después de la descendencia del Espíritu Santo, los hombres serían iguales bajo el amparo de una gran república; la tierra, el capital, todo pertenecería á todos; se suprimirían las escuelas, porque el saber no hace más que hinchar al hombre, se prescindiría de toda iglesia, de todo sacerdocio, de todo símbolo; el hombre se pondría en comunicación directa con Dios por el solo esfuerzo de la actividad del espíritu. El medio adoptado por Munzer es muy sencillo; el hombre ora, después se duerme, y en este sueño es excitado por la divinidad.

Carlstadt destroza las imágenes, pero deja intacto el templo; Munzer quiere la destrucción del templo, que califica de cárcel del espíritu, de morada de Satanás.

Todo símbolo material merece sus iras, sea cruz, sea corona.

Si Lutero aún decía: «Roguemos por nuestro príncipe Federico;» Munzer dice: «Ay de aquel que se llame nuestro amo; no tenemos más amo que el Señor que está en los cielos... Hermanos, exclamaba, todos somos hijos de Adán; nuestro Padre es Dios. ¡Y ved lo que hacen los grandes! Los malditos han rehecho la obra de Dios creando privilegios, títulos, distinciones. ¿Por ventura la tierra no es una riqueza que nos pertenece por igual á todos, no es nuestra herencia comun? ¡Y nos la arrebatan! ¡Sepamos en qué época renunciarnos á la herencia de nuestro Padre; que se nos enseñe el acto de cesion! Esta cesion no existe; ricos del siglo que nos habéis esclavizado, despojado, oprimido, mutilado, volvednos nuestra libertad, volvednos nuestro pan. Y lo que se nos roba hoy venimos á pedirlo, no como hombres, sino como cristianos. ¡Infeliz rebaño de JESUCRISTO! ¿Hasta cuándo gemirás en la opresion bajo la vara del magistrado?»

De repente le sobrevenían ataques epilépticos, sus cabellos se erizaban, su frente se comprimía, su boca destilaba espuma, y entónces el pueblo prorumpía en gritos:

—Silencio: Dios visita á su profeta.

Munzer volvía en sí, recobraba el uso de sus sentidos, y en medio del silencio universal veíasele caer de rodillas, juntar sus manos con convulsiva precipitacion y gritar:

—¡Dios eterno! Derramad en mi alma los tesoros de vuestra justicia; de lo contrario, no contéis conmigo: renunciaré á Vos y á vuestros Apóstoles.

Un reformador le interrumpió, apelando á la Biblia.

—¡Bibel! ¡Babel! gritó Munzer.

—Y si rechazas la Biblia, le pregunta el interpelante, ¿quién te guiará en tus caminos?

—El Señor. Y si deja de visitarme como visitó á sus profetas, yo renegaré de él.

Y el pueblo seguía á Munzer, y le besaba sus vestidos, y recogía el polvo donde sus piés imprimían las huellas.

Los estudiantes gritando: *¡Bibel, Babel!* tomaban sus libros de cátedra, hacían con ellos una hoguera y aventaban sus cenizas.

Munzer no era por sí solo nada más que otro de los nubarrones que se iban formando en la atmósfera moral de Alemania, y que unido con los demas había de dar lugar á la gran tormenta que se preparaba.

Había tambien el humanista Márcos Stubner. Por su complexion, por su carácter, era el reverso de la medalla de Munzer. Sabía bastante; pero en sus largas meditaciones de hombre de ciencia había acabado por gastar sus facultades. Se había acostumbrado á vivir en un mundo de idealidades fantásticas, á correr en pos de ilusiones hijas de su enferma imaginacion, á vender por realidad lo que no era más que un ensueño; era un monomaniaco á quien se apellidaba profeta.

Más célebre que Stubner había un escultor, llamado Claus Storch, natural de Zwickau. Más que un hombre Storch parecía un cadáver, una aparicion evocada del fondo de algun sepulcro por el genio de la Reforma, con una frente surcada de arrugas, una tez lívida, un cuerpo encorvado por el trabajo. Sus ojos no brillaban con el fulgor siniestro de los de Munzer; su frase era desabrida; pero en aquel mismo descuido había algo que hería el corazon de las gentes impresionables, mayormente cuando su acento tenía en su favor una dulzura, una limpidez que le daba gran realce. Pero lo mismo que Stubner, en vez de hombre práctico, no pasaba de ser un visionario.

—Crear, decía hablando á las muchedumbres, he aquí todo. ¿Pero creemos? ¿Quién nos dirá si creemos? Únicamente Dios que se revela al hombre, que le visita en sus sueños, que le hace leer en el libro de los misterios, que le alumbrá con las claridades de su revelacion.

El auditorio pedía que Dios se le manifestase de esta manera, y entónces Storch suspendía su sermon invitando al concurso para el día siguiente.

La concurrencia crecía, los obreros abandonaban su trabajo, las mujeres su hogar, los sabios mismos, los magistrados iban á confundirse con el pueblo y Storch exclamaba:

—Escuchad: durante la noche Dios me ha enviado su ángel, el cual me ha dicho que yo me sentaré sobre el mismo trono que Gabriel. Soy yo, Storch, á quien Dios ha prometido el reino del mundo.

Y estas palabras eran acogidas con atencion, hasta con entusiasmo, no sólo por los trabajadores, sino por representantes de la ciencia, de la magistratura. ¡Así iba descendiendo el nivel moral! La Reforma, que empezó por ser una alucinacion, iba presentando todos los caracteres de una demencia.



MARÍA ANTONIETA.

## XXI.

## Lucha entre Lutero y los anabaptistas.

Los personajes que hemos visto entrar en escena en el capítulo anterior figuran como patriarcas de la secta anabaptista.

Nacen, como llevamos indicado, á favor de la interpretacion de un pasaje de la santa Es-

critura que dice:—«El que creyere y fuere bautizado, será salvo.» Munzer y los suyos, arrojándose la autoridad de aplicar el texto á su manera, dicen:—Los infantes que son bautizados ántes de llegar al uso de razon no creen, y segun el texto, la fe ha de ser anterior al bautismo. Luégo es menester que cuando aparezca la fe en su alma se les bautice de nuevo.

De ahí nace el título de *anabaptista*, que toman de la palabra *ana* (de nuevo) y *baptydo* ó *bapto* (bautizar).

Hallamos á los precursores de los anabaptistas en los novacianos, los catafrigas y los donatistas de los primeros siglos, como pueden encontrarse también algunos de sus errores en los valdenses, albigenses y petrobussianos del siglo XIII.

El anabaptismo constituye el primer cisma formal que se levanta en el seno de la Reforma.

No es que en el simbolo de los anabaptistas entrase únicamente el rebautizar á los infantes; anuncian además un mundo nuevo, que el Hijo de Dios vendrá á habitar con toda su gloria, donde reinará la igualdad de bienes temporales y espirituales, donde el creyente se verá libre de los lazos de un matrimonio obligatorio.

Un escritor que pertenece á la Reforma, nos da á conocer la nueva secta en los siguientes términos:

«Segun la carne no reconocen ni padre, ni madre, ni hermano, ni hermana, ni esposo, ni hijo: todos son hermanos en JESUCRISTO. Jamas dicen: mi casa, mi cama, mi vestido, sino nuestra casa, nuestra cama, nuestro vestido; el *mío* desaparece para dar lugar al *nuestro*, como testimonio de que no se acepta propiedad individual de ninguna clase.

El que quiera entrar en la nueva Jerusalem, es menester que ántes renuncie á siete espíritus malos, que son: temor; sabiduría, entendimiento, arte, consejo, fuerza é impiedad.

Para el bautismo se establece la siguiente rúbrica:

Al que se acerca á recibirlo se le pregunta:

—¿Eres cristiano?

—Sí, responde.

—¿Qué crees?

—Creo en Dios, mi Señor JESUCRISTO.

—¿En qué concepto tienes las obras?

—En mucho.

—¿Por cuánto estimas los bienes?

—Por mucho.

—¿Y la vida?

—Por mucho.

—Pues no eres cristiano; no has recibido el bautismo verdadero; no has sido bautizado sino en san Juan y con agua. Yo te pregunto: ¿Renuncias á las criaturas?

—Sí.

—¿Y á tí mismo?

—Sí.

—Yo te bautizo.

Los partidarios de Lutero, que eran novadores contra la Iglesia, condenaban á los anabaptistas, que eran novadores contra los luteranos.

Melancton les preguntó:

—¿Y á vosotros quién os da mision de predicar?

—El Señor, contestan.

Era una respuesta decisiva á la que un reformado no sabía qué oponer.

Si todo hombre es sacerdote, Storck puede echar los instrumentos de su oficio y constituirse en apóstol. Si el Espíritu Santo ilumina directamente al que lee la Escritura, Stubner la ha leído y está autorizado para exponer á los pueblos sus impresiones.

Melancton mismo, con la Biblia en la mano, hay un momento en que se resuelve á despojarse de su traje de profesor, y pedir que le admitan á trabajar en casa de un panadero, á fin de hacer la aplicacion práctica de la palabra bíblica: — «Comerás el pan con el sudor de tu rostro.»

Los hechos que tienen lugar en Wittemberg, la popularidad que adquieren los jefes de la nueva secta, llega á noticia del solitario de Wartburgo.

Melancton, Jonas, Amsdorf, le escriben diciéndole:

—Si no venís, todo está perdido.

—Si; iré, responde Lutero; el tiempo insta, Dios me llama, ya oigo su voz. En Wittemberg está mi rebaño, mis hijos en JESUCRISTO... Satanás se aprovecha de mi ausencia para perturbar á mis ovejas; yo se las arrancaré, son mías. Ya que mi pluma es inútil; tengo mis oídos y mi lengua... Que Carlstadt se obstine ó no, importa poco; el CRISTO dará cuenta de sus instintos perversos. Somos señores de vida y muerte desde que tenemos fe en el Señor de la muerte y de la vida.

El duque Jorge comprende los peligros que tiene el que Lutero se constituya en Wittemberg, donde predicará, producirá agitaciones, á pesar de los mandatos de Carlos V, de cuyo cumplimiento el Elector es responsable. Manda, pues, al doctor un emisario para que le disuada de su viaje.

Lutero manifiesta un teson que hubiese podido emplear en mejor causa. Hé aquí en qué términos se dirige el Elector:

«Que Vuestra Gracia lo sepa: mi Evangelio no me lo han dado los hombres; me ha venido del cielo, de Nuestro Señor JESUCRISTO... Cuando fui á Worms, para impedir mi obra había allí una multitud de diablos. Pues bien: el duque Jorge no vale siquiera un diablo... ¿Se figuran que mi CRISTO es una caña? Semejante suposicion ni CRISTO ni yo la toleraremos por más tiempo.

«Voy, pues, á Wittemberg bajo las alas de una Providencia más fuerte que los electores y los príncipes. No necesito de vuestro apoyo; sois vos quien necesita del mío. Si supiera que me ofrecéis vuestra proteccion para el viaje, no partiría. Asunto es este que no tiene necesidad ni del consejo ni del concurso de los hombres de espada... Estáis muy débil en la fe para que pueda yo ver en vos un salvador ó un sosten.

«Me preguntáis qué es lo que tenéis que hacer. Por vuestra parte ya lo habéis hecho todo. Si yo no quiero obedeceros, Dios no os imputará á vos ni mis cadenas ni mi sangre si sucumbo. Dejad al Emperador que obre: obedecedle como príncipe del Imperio; que disponga de mi vida, es cosa que á quien incumbe es á él. En este asunto tengo que entenderme con otro hombre muy diferente del duque Jorge.»

Lutero parte de Wartburgo, no ya con el traje sacerdotal y con el baston de peregrino en la mano, sino montado á caballo, cubierto el pecho con coraza de hierro, empuñando una larga espada y calzando las botas y las espuelas propias de un guerrero del siglo XVI. A decir verdad no era este el traje de un mártir.

Apénas llega á la ciudad se apresura á subir á la cátedra en la iglesia de Todos los Santos, que ya había profanado con sus predicaciones.

Lutero en la cátedra lo era todo ménos un aleman. En vez de la flemma de las naturalezas germánicas, veíase en él el apasionamiento de los caracteres meridionales. Imaginacion fecunda, palabra fácil, memoria feliz, sabía comunicar animacion á sus discursos. Lutero era todo lo contrario del hombre del Norte, que hace sus sermones ó sus lecturas, frío, indiferente, con las manos apoyadas en el antepecho del púlpito, inmóvil como una estatua. En él la idea se asociaba á la forma, y ora se expresaba con un lirismo que conmovía, ora en su embriaguez de hombre de pasiones, sabía comunicarla esa embriaguez á sus oyentes. Desdeñoso por sistema de todo precepto oratorio, le sobraban recursos para hacerse superior á todos sus discípulos. Era todo un perturbador, con sus pasiones, con su frenesí, pero también con su genio.

Lutero, pues, satisfaciendo la expectacion de los wittenbergenses, se echa á perorar.

Al aparecer por primera vez en el púlpito, despues de un año de destierro, la conmocion fué general.

Empieza por bendecir al auditorio.

El doctor guarda un rato de silencio, fijando una mirada de enojo sobre aquellas imágenes, decapitadas unas, sin brazos otras, reducidas algunas á polvo; y luégo, suprimiendo todo exordio, exclama señalando aquellos testimonios del vandalismo de Carlstad y los suyos:

«Era con el corazon como debíais arrancar estas imágenes y entónces hubieran caído por sí mismas ó las habría derribado el representante de la magistratura; pero no podíais dar á un celo exagerado el carácter de una revuelta, que yo repruebo. Durante mi ausencia Satanas os ha visitado enviándoos sus profetas. Debíais saber que no habéis de escuchar á nadie más que á mí. Martin Lutero ha marchado el primero: los demas deben mostrarse dóciles como discípulos; su destino es obedecer. A quien Dios ha revelado su Verbo es á mí; es de mi boca de donde sale puro de toda mancha. Conozco á Satanas; le he hecho más de una herida de la que se dolerá por mucho tiempo. ¿Qué significan estas novedades que se han ensayado durante mi ausencia? ¿Tan léjos estaba yo para que no se viniera á consultarme? ¿Acaso no soy yo el principio de la palabra pura? Yo, durmiendo, ó en la taberna de Wittenberg bebiendo cerveza con Felipe y Amsdorf, he hecho más mal al Papa que todos los príncipes y todos los emperadores juntos. A haber tenido yo instintos sanguinarios ¡cuánta sangre hubiera hecho derramar en Europa! ¿Por ventura el mismo Emperador hubiera estado seguro en Worms, si yo hubiera querido abreviar su vida? Espiritus de discordia, ¡responded!

«¿Queréis fundar una iglesia nueva? sepamos ántes quién os envía, de quién recibisteis vuestro ministerio. Dios no permitió que Samuel hablase sino con la autoridad de Helí. Cuando un hombre se presenta para cambiar la ley, es menester que haga milagros. ¿En dónde están los vuestros?»

¿Y en dónde estaban los del doctor Martin? ¿A él quién le había enviado? ¿Con qué autoridad hablaba?

Al día siguiente Stubner, al llegar á Wittenberg, tuvo noticia de este sermon, y desafió á Lutero á una conferencia en que se discutiesen sus respectivas enseñanzas.

En aquella conferencia Stubner decía al doctor:

—Para probar que yo estoy poseído de Dios, puedo deciros lo que ahora estáis pensando.

—¿Y qué pienso? respondió Lutero en son de burla.

—Pensáis que pudiera muy bien ser que mi doctrina fuese verdadera.

Lutero se rió á carcajada suelta. Cabalmente estaba murmurando estas palabras:—¡Vete al diablo, infeliz!

Stubner manifestó que, colocada la cuestion en el terreno de los milagros, sería menester que Lutero los hiciera tambien, lo que irritó sobremanera al doctor, quien dió por terminada la conferencia sin querer oír una palabra más.

A su vez Munzer provocó á Lutero á otra conferencia.

Todo Wittenberg estaba con gran curiosidad esperando el resultado.

La conferencia terminó exclamando Lutero:

—Este Munzer es un demonio en forma humana.

Y Munzer decía por su parte:

—Este Lutero está poseído de una legion de diablos.

A pesar de que Lutero prometió una y cien veces que jamas emplearía contra sus adversarios otra fuerza que la palabra, empeñóse para que se diera contra Munzer y los suyos un decreto de destierro y que se quemaran los libros de Carlstadt.

El Elector convino en adoptar estas medidas.

Carlstadt, el maestro del doctor Martin, al saberlo exclamó tristemente:

—¡Condenado por mi discípulo sin haber sido oído siquiera!

Poco despues se preguntaba á Lutero:

—Decidnos, doctor, ¿es lícito condenar á muerte á los anabaptistas?

—Segun y como, contestaba Martin: hay anabaptistas sediciosos, á éstos el príncipe puede enviarles al suplicio; hay anabaptistas fanáticos, á éstos debe limitarse á desterrarlos.

## XXII.

Lutero combate el matrimonio cristiano y la castidad religiosa.

No ménos criminal que Carlstadt al derribar las imágenes, era Lutero al arrancar á los frailes y á las monjas de la quietud de sus claustros.

No es que penetrara allí con una multitud de gentes del pueblo y obligara á los religiosos á abandonar su retiro; valiase de un medio más vengonzoso todavía. Con sus sermones, con sus folletos encendía el fuego de pasiones carnales en aquellos asilos de la castidad.

Despues de sus reyertas con los anabaptistas predicó sobre el matrimonio. Nunca en la cátedra se han pronunciado frases como aquellas. Nos limitaremos á reproducir muy pocos párrafos; los demas no sabría copiarlos nuestra pluma:

«Este texto, decía: «Creced y multiplicaos,» no es sólo un precepto divino; más que un precepto, expresa una obra del Criador que nosotros no estamos facultados para evitar ni omitir... Dios le ha dado al hombre una naturaleza tal, que la generacion le es de esencia. No constituye un precepto de conciencia, es una ley de la naturaleza.»

«Creced y multiplicaos, nadie puede sin crimen declinar esta orden de Dios.

«Satanas encuentra criaturas humanas que se dejan seducir por él, y que, obedeciendo á sus instigaciones diabólicas, renuncian á crecer y á multiplicarse; que se aprisionan en telas de araña, es decir, en votos religiosos y en tradiciones humanas; que contrarian á la naturaleza con desprecio de la palabra de Dios; que pretenden que el guardar la virginidad es facultativo al hombre como lo es guardar un vestido ó un zapato.»

Al reproducir las únicas frases que permite el carácter de nuestra obra, no descorremos siquiera una parte del velo de imágenes atrevidas, de palabras indignas de que está llena aquella provocacion á las pasiones más degradantes.

Ya en este terreno, el doctor reduce el número de los impedimentos canónicos, hace el matrimonio disoluble, proclama el divorcio, no sólo por causa de adulterio ó de ausencia demasiado prolongada de uno de los esposos, sino por simples caprichos de la mujer.

Niega la idea del Sacramento, y dice:

«El matrimonio no es más que un contrato político que puede hacerse con todo individuo, infiel, gentil, turco ó judío, y que debe verificarse en presencia del magistrado civil, que es el que debe entender en toda causa matrimonial... La mujer debe ser libre; al hombre corresponde cambiar los pañales, lavar la ropa, todos los pequeños servicios de que el mundo se burla... Se dirá que hacéis el oficio de mujer y ¿qué importa? Dios con sus ángeles se reirá á su vez de los que se rien de vosotros... Monjes y monjas encadenados en la castidad y en la obediencia, no sois dignos siquiera de tocar los pañales de un infante.»

El sermon estaba lleno, no sólo de imágenes temerarias, sino de palabras lúbricas. Parece imposible que aquello se dijese en un púlpito, en la grande iglesia de Wittemberg, ante la imagen de JESUS crucificado, sobre la tumba de millares de cristianos que habían muerto en la paz del Señor, sin que las madres arrancasen á sus hijas de aquel lugar tan torpemente profanado, sin que el poder público tomase la menor medida.

Lutero no se recataba de proclamar que una prostituta es una mujer más digna que la religiosa que vive encerrada en el fondo de un monasterio.

Staupitz, el anciano general de agustinos, al leer aquel sermon se horrorizó. Un rayo de

la gracia divina iluminó su alma y lloró sus condescendencias respecto al monje apóstata.

Staupitz aprovechándose de aquella hora de la misericordia divina, volvió con toda sinceridad á la antigua fe de su Iglesia, á las prácticas católicas de su orden, y renunció para siempre á los extravíos de la Reforma cuyo alcance hasta entónces no había podido calcular.

Staupitz se separa de Lutero, diciéndole:

—Yo os dejo, hermano mío; me persuado al fin de que vos no contáis sino con las simpatías de aquellos que frecuentan las casas sospechosas.

Staupitz se despidió á su vez del mundo con un libro en que se retrata su corazón:

—«Amar es rogar, dice: quien ama ruega; quien no sabe amar, tampoco sabe rogar. Sólo sirve á Dios el que le ama; el que no le ama, nunca sabrá servirle, aún cuando tuviese el don de levantar montaña sobre montaña.»

El sermón sobre el matrimonio produjo sus desastrosos resultados.

Si las monjas se ruborizan al leerlo, escribe para ellas Lutero un folleto que lleva el siguiente título: *De como las monjas pueden benditamente dejar sus celdas.*

El folleto lo dedicó á Leonardo Kœppe, jóven de veinticuatro años, que se dedicó al oficio de raptor de religiosas.

Mientras muchos frailes abandonaban sus conventos, proclamábanse á sí mismo sacerdotes hombres que hasta entónces habían sido mercaderes, albañiles, escultores, ó ejercían otros oficios.

Jorge Eberleim, preguntaba:

—¿Adónde iremos á parar si permitimos que el primer imbécil que se presente pueda predicar en nombre del Espíritu Santo á quien no conoce?

Pero se le contestaba:

—¿Por ventura el Espíritu Santo no es libre de visitar á los ignorantes y á los sencillos?

Lutero llamaba en torno suyo á algunos impresores y les decía:

—*Evntes docete*; id y predicad.

Lutero manifestaba una actividad febril. En 1520 publicó ciento treinta y tres opúsculos; en 1522, ciento treinta; en 1523, ciento ochenta y tres.

El doctor hacía imprimir en la época á que nos referimos un nuevo folleto contra la jerarquía sacerdotal, del que dice uno de sus biógrafos que, más bien que escrito con tinta, parecía serlo con sangre.

«Colegios, obispados, monasterios, dice allí, son otras tantas cloacas en que se hunde el oro de los príncipes y del mundo entero.

«Esperad un poco, obispos, esperad diablos, el doctor os va á leer una bula que no será muy de vuestro gusto.—*Bula del doctor Martin*: Todo aquel que contribuya con su cuerpo ó con sus bienes á devastar el episcopado y el orden episcopal, es un buen cristiano y un hijo querido de Dios. Y si esto no fuera posible, al ménos que se condene, que se evite esta malicia. Todo el que defiende el episcopado ó le preste obediencia es ministro de Satanás.

## XXIII.

### Recursos á que acude el Papa Adriano VI para reprimir la Reforma.

Hallábase el gran Leon X en su casa de campo de la Magliana, cuando un correo de gabinete le trajo la noticia de que Parma y Plasencia acababan de pasar nuevamente á formar parte de los Estados Pontificios.

Encamínase á Roma á fin de rendir en su capital un tributo de gratitud al Todopoderoso por el triunfo que acababa de alcanzar la Santa Sede. El pueblo le aguardaba en las puertas



de la capital con coronas de olivo en la mano; por todas partes por donde pasaba el júbilo era indescriptible. Las fiestas duraron tres días.

Al cuarto preside un consistorio, pero encontrándose delicado, tiene que retirarse á su cámara.

Llamóse á los médicos. La indisposicion era un catarro, que presentó muy luégo un carácter alarmante. Se le cortaba la respiracion, y le ordenaron que se metiese en cama. Aquella noche la pasó agitadoísimo. Á la mañana siguiente, que era el 1.º de diciembre de 1521, viósele levantar los ojos al cielo, juntar sus trémulas y pálidas manos, murmurar una ferviente oracion, y descansando su cabeza en una almohada, exhalar su último suspiro.

Al celebrarse los funerales, Antonio de Spello, que pronunciaba la oracion fúnebre, hubo de suspenderla á causa del llanto de todo el auditorio.

Erasmo escribía á Inglaterra:

«La cristiandad acaba de perder uno de sus más bellos ornamentos.»

Como Péricles, como Augusto, Leon X dió su nombre á su siglo.

Pope rinde al gran Papa, que llena toda una época, este elocuente homenaje:

«¡Mirad, es la edad de oro del gran Leon! Las musas vuelven de su letargo y se coronan con las guirnaldas marchitas por el tiempo. El antiguo genio de Roma, que se cierne sobre sus ruinas, sacude el polvo que las cubre, y levanta la cabeza majestuosa. ¡Oh triunfo de las artes! la escultura y sus hermanas dejan la tumba; el mármol respira; la piedra se reviste de formas; levántanse hermosos templos. Rafael ha tomado sus pinceles...»

Tras de él viene Adriano VI.

Era el hijo de un oscuro obrero de Utrech, llamado Florencio Boyers. Habiendo manifestado en su niñez extraordinaria aptitud para las letras, se le mandó á Lovaina á estudiar el latín, el griego, las matemáticas, la filosofía y el derecho canónico.

Á su pasion por las letras unía una gran piedad: nunca volvía de la cátedra sin dirigirse á una iglesia, y si por el camino algun pobre le salía al encuentro, partía con él su insignificante racion.

La pobreza le redujo á vivir en miserable guardilla, fría, insolubre. La vela tenía que hacerla á la luz de algun farol público.

Margarita de Austria, viuda de Carlos el Temerario, sabedora de la situacion del infeliz estudiante, le mandó leña para calentarse y trescientos florines para comprar libros, obteniendo despues un curato y más adelante una canongía en San Pedro de Lovaina.

Consagrado al retiro, sin más compañía que sus libros y alguno que otro sacerdote de muy probada virtud, apenas le conocía nadie más que los pobres.

Publicó su obra *Comentarium de rebus theologicis*, donde revela un gran conocimiento en materias eclesiásticas.

Su nombre llegó hasta al emperador Maximiliano, que le nombró preceptor de frances, de latín y de español del niño Carlos, que fué más adelante rey de España y emperador de Alemania con el nombre de Carlos V.

Hemos indicado ya algo de la altura á que subió el jóven monarca.

Herederó de las posesiones austríacas, por parte de su padre, de España y los Países-Bajos por la de su madre, y dueño por consiguiente de los dominios de Italia y de un nuevo mundo en América, sabido es que tuvo la gloria de que el mismo Francisco I de Francia fuera su prisionero.

Con un territorio en que nunca llegaba á ponerse el sol, nada tiene de particular que en aquella encumbracion, á la que muy pocos han llegado, alimentara sueños de una monarquía universal, no á título de dominio, sino á título de supremacía.

Todos los soberanos de su época se inclinaban ante su innegable superioridad.

Había en su política algo de la movilidad y hasta del maquiavelismo de su época. Impenetrable unas veces, expansivo otras, ya tenaz, ya condescendiente, segun convenía á sus mi-

ras; tan poco avaro en prometer como poco cuidadoso en cumplir; ocultando un sentimiento en el fondo de su corazón como en su sepulcro, desconfiado por naturaleza, nadie le igualaba en actividad y en proyectos atrevidos, con los que logró ahogar las antiguas libertades y las formas tutelares de la Edad media con el poder personal de los tiempos modernos.

En el esplendor de sus grandezas, Carlos V se acordó de Adriano Boyers, su antiguo profesor, obteniendo para él el arzobispado de Toledo, y después la púrpura cardenalicia.

Al ausentarse de España Carlos, trató de confiar á Adriano la regencia de la nación; el humilde Arzobispo creyó que la carga de gobernar á los hombres, para él, que no se entendía sino con sus libros, había de ser demasiado pesada.

Dios no le había concedido el don de entusiasmar á las muchedumbres en favor suyo. Su palabra era tan sencilla como sus vestidos.

Madrugaba mucho. No hacía más que una comida al día, y sin que durante ésta se omitiese jamás el leer la Escritura.

Por lo demás, hasta Erasmo admiraba sus virtudes, y el mismo Lutero decía de él que era un obispo de una conducta la más admirable y merecedor de todo elogio.

Un día Dios le tomó por la mano, le sacó de su retiro de Vizcaya, donde se hallaba envuelto entre sus libros, y le colocó en el trono pontifical.

No es posible describir su dolorosa emoción al ver penetrar en sus habitaciones dos legados que le presentaron el acta de su elección pontificia.

Difícil herencia era la de Leon X; pero Adriano no tuvo otro recurso que aceptarla.

En la elección no le faltó más que un voto; el de Francisco Orsini.

Adriano era muy distinto de Leon X.

No trata de levantar monumentos, ni de emplear los tesoros de Roma en enriquecerla con obras maestras de arte, ni de verse circuido de una corte de artistas, de poetas y de historiadores.

Más bondadoso que elegante, ántes teólogo sabio que hábil político, rico de fe y de piedad, para él no hay empresa tan fecunda como devolver la paz á la Iglesia.

El protestante Schœrckh le describe diciendo que era el verdadero tipo del flamenco honrado, franco, sincero, sacerdote grave, pontífice de rara moderación, ocultando toda la sencillez de un hombre privado bajo la tiara del pontífice. Menzel, protestante también, le califica de modelo de modestia, de enemigo de toda fastuosidad cortesana.

Al partir de España para Roma, Carlos le ofreció acompañarle.

—Tendría gran placer, contesta él, en que me acompañara Vuestra Majestad; pero la estación es demasiado calurosa y vuestra salud podría resentirse de ello.

No obstante, para honra de España y del Emperador, Carlos quiso que se armara una flota, y que acompañara al electo Pontífice un cortejo de dos mil españoles, entre prelados y cortesanos, y cuatro mil soldados.

Al llegar á Génova fué cumplimentado por el duque de Milan, el marques de Pescario y Próspero Colonna, quienes, por haber entregado la ciudad á una soldadesca sin freno, merecieron las censuras pontificias. Juzgaron aquella ocasión oportuna para que les fuesen levantadas. Á lo que Adriano contestó:

—No podemos, ni debemos, ni queremos.

Es la misma respuesta que había de repetir Pío VII en sus debates con Napoleon.

El 28 de agosto de 1522, Adriano salta en tierra en Ostia, donde se embarca en el Tíber para bajar á San Pablo extramuros.

Supo allí que en la puerta Portesa se estaba levantando un arco de triunfo que costaría 500 escudos. Adriano manda que se suspendan aquellos trabajos inmediatamente.

—Eran costumbres, dice, propias de la época de los gentiles, que no dicen bien ni á un religioso, ni á un cristiano.

Sublime rasgo de modestia que Roma no quiso comprender.



# HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño más de folio, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más.—Van publicadas 110 entregas.

## HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con más de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

## LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

## EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

## ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletin semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

## GALERÍA CATÓLICA.

Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodríguez, General de la Orden de la Merced; D. Eduardo María Vilarasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pío IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla.—La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

## VOCES PROFÉTICAS

ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hacia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.